

de contemplaciones, publicó dos Bulas: una *Salvator mundi*, suspendiendo todos los favores concedidos á Felipe y á sus consejeros, y otra la célebre *Ausculta fili*, en la cual le recordaba que, por muy elevado que estuviere, se hallaba sujeto á las leyes de la justicia, y obligado á reparar las exacciones y arbitrariedades que cometía. Esta Bula fué quemada públicamente por el conde de Artois de orden del rey; y en los Estados generales del año 1302, se lanzaron atroces injurias contra Bonifacio VIII.

Sin embargo, el Pontífice, lleno de prudencia y firme en su derecho, quiso oír todavía á los Obispos de Francia y los citó á un Concilio en Roma para el mes de Noviembre, bajo pena de excomunion. El rey les prohibió severamente salir de Francia; pero burlando las pesquisas de la policía, lograron acudir 39 y seis Abades. En aquel Concilio expuso el Papa sus multiplicadas quejas contra el rey de Francia y promulgó la Bula *Unam sanctam*, en la que se hace la distincion de los dos poderes y se recuerda la subordinacion de los reyes á la Iglesia, *no en razon del dominio, sino en razon del pecado*, es decir, *no como soberanos, sino como cristianos y pecadores*. En respuesta á esta Bula, Felipe el Hermoso, en una nueva Asamblea de los Estados, hizo declarar á Bonifacio hereje, intruso, simoniac, apelando á un Concilio general. Al mismo tiempo dió orden á Guillermo de Nogaret de apoderarse del Papa, encerrarle como á un perturbador y proceder despues á elegir otro Pontífice. Entre tanto Bonifacio tenía preparada la Bula de excomunion y deposicion del rey; pero ántes que la publicase cayó en poder de Nogaret, ayudado del sobrino de los Cardenales Colonna, llamado Sciarra. Lograron entrar por traicion en Agnani al frente de 300 caballos, y apresando al Papa, le colmaron de injurias, y segun algunos, Sciarra le abofeteó con su guante de hierro.

Mas al cabo de tres dias se sublevó la ciudad contra aquellos aventureros y libertaron al Pontífice, el cual perdonó á Sciarra con la mayor generosidad. Un mes despues murió (el año 1303) declarando que perdonaba de corazon á todos sus enemigos. Tal fué este Pontífice, verdaderamente gran-

de, y que llenó de gloria los principios de su siglo, y no como le pintan sus enemigos (1).

Como no escribimos una historia eclesiástica, no podemos continuar haciendo la defensa de otros Pontífices, pero podemos asegurar que hay muy pocos dignos de censura, por más que la calumnia se haya cebado en ellos. Los adversarios nada omiten por denigrar la memoria de los Papas, porque éstos son una de las más ilustres glorias de la Iglesia católica; pero los historiadores imparciales, aunque sean protestantes ó incrédulos, no pueden ménos de prodigarles sinceras alabanzas.

CAPITULO II.

Los Santos.

La santidad no es otra cosa que la elevacion ó la sublimidad de la virtud. El hombre que sea más virtuoso será el más santo.

En sentido más extricto, se llama santo el que profesando la verdadera religion cumple fielmente todos sus deberes, religiosos y civiles, es de costumbres puras y carece de los vicios de la humanidad.

Pero en sentido propio y riguroso, se llama santo el que, no solo está exento de vicios y cumple sus deberes, sino que además practica las virtudes cristianas en grado heroico y los consejos del Evangelio. Como la recompensa cierta de tales virtudes es la felicidad eterna en el Cielo, la Iglesia declara que algunos las han practicado de este modo, y los da á conocer como *Santos*, y autoriza á los fieles á acudir á su intercesion.

En vano se buscarán Santos fuera de la Iglesia católica: la herejía y el cisma fueron estériles para producirlos. Les falta la fe y la caridad, y sin esto no puede haber virtudes

(1) Véase Palma, *Prælect. Hist. Ecc.*, tom. III, cap. 29.

sobrenaturales ni verdadera santidad. Glorioso es para la Iglesia católica ser la única que forma Santos (1), es decir, la única en la que se practican todas las virtudes en grado heroico.

Porque la Iglesia católica tiene héroes de todas las virtudes: de la caridad, como San Vicente de Paul; del apostolado, como San Francisco Javier; de la penitencia, como el Stilita; de la mortificación, como San Pedro de Alcántara; de la humildad, como San Francisco de Asís; del amor, como Santa Teresa de Jesús; de la contemplación, como Santa Clara; de la pureza, como San Luis Gonzaga. Ella cuenta en su seno innumerables Santos en todos los siglos y en todos los países, de todos los estados, de todas condiciones y de todas las edades, desde el poderoso monarca, como San Fernando, hasta el humilde labrador, como San Isidro; desde el glorioso Papa, como San Pío V, hasta el pobre pastor y lego San Pascual Bailon; desde el sábio universal, como Santo Tomás de Aquino, hasta el rudo y sencillo San Alejo; lo mismo en el estado del matrimonio que en la virginidad, formados en el bullicio de las córtes como en el retiro del cláustro; Sacerdotes y seglares, jueces, médicos, soldados y artesanos, hombres y mujeres, ancianos y niños. Divina es una religion que de tal manera manifiesta en tantos y tan diversos de sus miembros su propia santidad.

Pero los Santos conocidos y honrados como tales, á pesar de que se cuentan por millares, solo son un pequeño número de bienaventurados. Hay millones de mártires cuyos nombres sabe solo Cristo; hay millares de Santos cuyos nombres llenan volúmenes y nosotros no conocemos; y, sobre todo, hay la inmensa multitud de fieles santificados en una vida oscura, cuyas virtudes eran ignoradas de todos, excepto de Dios, para quien todo es manifiesto; y

(1) El sábio Cardenal Gerdilio escribió una elegante disertación sobre el tema: *La Iglesia que forma Santos es la verdadera Iglesia de Jesucristo*. Véase la segunda parte de esta obra, cap. 5.º, párrafos 2.º y 5.º

tambien la innumerable de aquellos que, habiéndose dejado seducir por los halagos de las pasiones, tuvieron la felicidad de purificarse por la penitencia. Todos estos reinan con Jesucristo en el Cielo, como los hijos más felices de su esposa la Iglesia, que ha conseguido en ellos el objeto de su institucion.

Mas para que la Iglesia declare que alguno merece los honores de la santidad, se requiere, no solo que haya practicado las virtudes en grado heroico, sino tambien que Dios haya concedido señaladas mercedes y haya obrado milagros por su intercesion. El exámen que se hace de esto es tan minucioso, tan severo y tan detenido, que no es posible lugar á error; además de que Dios no niega en este caso la asistencia continua que prometió á su Iglesia. Y todos los dias se hacen nuevas canonizaciones, lo que prueba que siempre hay en la Iglesia héroes de la virtud.

Cuando la Iglesia canoniza á alguno, intenta dar una prueba pública de cuán preciosa es á sus ojos la santidad que merece un culto; pero quiere que este culto consista principalmente en la imitacion de aquellas virtudes que honra en los Santos; los cuales fueron hombres sujetos á las mismas miserias y á las mismas tentaciones que nosotros, pero supieron hacerse superiores á ellas con el auxilio de la divina gracia.

Los Santos son los hombres más útiles á la humanidad, porque todos tenían el sentimiento más vivo de la justicia, para dar á cada uno lo suyo, y procuraron conformar á ella todas sus acciones; y amaron sinceramente á todos los hombres considerándolos como hermanos. Sus ejemplos y sus virtudes obran de un modo saludable sobre las costumbres públicas. Si todos obrasen como ellos, el mundo sería un Edem.

Hé aquí cómo los Santos son la gloria más positiva de la Iglesia católica, no solo bajo el aspecto religioso, sino bajo el aspecto puramente temporal. Por eso tiene una exactitud incontestable el dicho de Montesquieu, que la religion que parece no tiene otro objeto que la felicidad de la otra vida, hace tambien nuestra dicha en ésta. Cuanto más re-

ligiosos son los pueblos, son también más prósperos y felices.

De modo que la Iglesia brilla con sus Santos en el tiempo y en la eternidad. Lo primero, presentando al mundo modelos de bien obrar en todas las condiciones de la vida, y estímulos para vencer las dificultades de la virtud: lo segundo, ostentando los resplandores de sus coronas. En la tierra forma los Santos que luego han de reinar en el Cielo: ella los nutre con su doctrina, con sus sacramentos, con sus instituciones y con la esperanza del premio que propone en nombre de Dios, y después les tributa regocijada públicos honores.

Teniendo esto presente, vamos á considerar á los Santos en sus principales caracteres, y se verá que de cada uno de ellos resulta á la Iglesia una gloria especial.

§ I.—*Los mártires.*

El entusiasmo por una idea, el valor para sostener una causa, parece que no puede llegar más allá que á derramar la sangre en su defensa. Pero el sacrificio de la vida es más ó ménos precioso, según los tormentos que le acompañan. Y aún hay alguna cosa más terrible que los tormentos; á saber, el desprecio, la infamia y la calumnia.

No es difícil hallar algunos hombres que den su vida por un principio; pero sí es difícil hallar quien la dé en medio de los más atroces tormentos. No es difícil que algunos hombres arrosten una muerte segura con la esperanza de que muchos los compadecerán y otros admirarán su heroísmo; pero es sumamente difícil que, pudiendo evitarlo, se resignen á morir cargados de la execración y del desprecio público. Para esto se necesita un valor sobrehumano. Y en este caso sería posible hallar alguno que levantara generosamente sus convicciones por encima de toda mira terrena; pero sería imposible hallar muchos de todas condiciones y edades y sexos, en todos los tiempos y en todos los países.

Pero la Iglesia católica ha tenido siempre innumerables

de sus hijos dispuestos á dar su vida por ella; y no solo su vida, sino en medio de los más espantosos tormentos, acompañados de la infamia, de la calumnia y del odio de los pueblos. Esto no podía suceder sin un auxilio sobrenatural.

No se hallará en los héroes más renombrados de la historia un valor y constancia semejantes al de los mártires: ni rasgos iguales de grandeza en los guerreros más robustos, y en las madres más animosas de la estóica Esparta. La fe cristiana trasforma y purifica los sentimientos naturales del corazón humano y los eleva hasta el más sublime heroísmo. Así es como las Santas matronas Sinfórica y Felicidad, semejantes á la madre de los Macabeos, sacrificaron cada una siete hijos por la fe; y otras muchas alentaban á los suyos al martirio. Nada hay más grande que esta victoria de la religión sobre el corazón de las madres, á no ser que se le pueda comparar el valor y la fortaleza que comunicaba á los niños.

Era maravilloso. Marchaban con la mayor alegría al suplicio, y sufrían impávidos los tormentos más atroces niños y doncellitas apenas salidos de la infancia. El niño Barula tenía apenas siete años cuando fué martirizado en presencia de su madre: Orillo, niño pequeño de Cesárea, sufrió el suplicio con el mayor valor: los Santos hermanos Justo y Pastor, el uno de siete y el otro de nueve años, tuvieron un martirio glorioso: San Víctor tenía once años, la Virgen Inés doce y Pancracio catorce. ¡Qué triunfos para el Catolicismo! Tales milagros obra la gracia del Señor, que se complace en manifestar su poder valiéndose de las criaturas más débiles. *Infirma mundi elegit, ut fortia confundat.* Así nadie puede dudar que la victoria se debe á un auxilio sobrenatural.

Al leer las *Actas de los mártires*, se comprende toda su grandeza. No se sabe qué admirar más; aquellas escenas de horror, de crueldad y de carnicería de parte de los verdugos, ó la serenidad, la fortaleza, la decisión y el heroísmo de los mártires. No tenemos espacio para citar nombres propios y referir sus gloriosos combates, que en otro

caso, ¿cuánto no podríamos esforzar nuestra prueba sin salir de nuestra España, con los ilustres martirios de San Vicente, San Lorenzo, San Cucufate, atletas de la fe, y los de las Vírgenes Justa y Rufina de Sevilla, Eulalias de Mérida y Barcelona, Leocadia de Toledo, Sabina y Cristeta de Avila y otros innumerables, gloria de España y de la religion?

Porque hay que tener en cuenta que ha habido millares de mártires de todas clases, sexos y edades, no solo en una época, sino en toda la duracion de la Iglesia; no solo en un país, sino en toda la extension de la catolicidad. En el espacio de diez y nueve siglos ha sufrido la Iglesia veinte crueles persecuciones generales, y muchas parciales, y en todas ellas se han repetido los mismos hechos: el mismo generoso desprecio de la vida por parte de los mártires, la misma paciencia en los tormentos, la misma constancia y la misma intrepidez. Solo un principio divino puede formar tales y tantos héroes. Por eso ninguna religion tiene mártires fuera del Catolicismo.

En nuestro siglo se han repetido en la China y en el Japon las mismas escenas de los tiempos de Diocleciano (1). La Iglesia ha tenido la gloria de ver aumentarse con muchos nombres el glorioso catálogo de sus mártires, y al escribir estas líneas, llega la noticia del martirio del Padre Hué (2) en el último mes de Setiembre. Y, sin embargo, los misioneros se disputan el honor de ir á aquellas lejanas regiones á derramar su sangre por Jesucristo. El espíritu de los hijos de la Iglesia es siempre el mismo, como su fe (3).

(1) Solo en el año 1861 fueron sacrificados en la China 16.000 mártires.

(2) Juntamente con otro Sacerdote indígena llamado Jay. Fueron arrastrados por las calles y bárbaramente apaleados hasta su muerte.

(3) Léase como muestra la relacion del martirio del P. Marchand en Cochinchina en el mes de Noviembre de 1835. Despues de haberle quemado los miembros con pinzas de hierro candentes, le encerraron en una jaula de

Lo admirable en esto es que los tormentos con que se castiga á los misioneros en aquellos países son tan horrosos, que sobrepujan á lo más atroz que puede concebir la imaginacion (1), y son capaces de desalentar á los hombres más animosos; pero léjos de eso, cada dia es mayor el valor de los misioneros. Parece que las persecuciones redoblan su actividad y que el martirio tiene para ellos el mayor atractivo. No es extraño; despues de los suplicios de un dia esperan con amoroso deseo la corona del reino celestial.

En otro tiempo la paciencia de los mártires desarmó á los verdugos, que arrojando sus hachas, se apresuraron á entrar en esta Iglesia que comunica tan admirable fortaleza á sus hijos. Lo mismo debemos esperar que sucederá en aquellas salvajes regiones. Todo suelo regado con sangre de mártires, se hace para siempre fecundo en hijos de la fe. Es la fecundidad de la Iglesia, cuyos partos son dolorosos y sangrientos, aunque bendecidos por Dios.

§ II.—Anacoretas, ascetas, etc.

Los mártires, al sufrir la muerte, atestiguan que la fe católica es verdadera; los penitentes voluntarios, no mé-

dos piés y medio de alta, tres de larga y dos de ancha, de manera, que tenía que estar con la barba pegada á las rodillas, y así le tuvieron mes y medio. El dia de la ejecucion cinco verdugos á la vez estaban encargados de atormentarle. Primero le agarraron las piernas y los muslos con unas tenazas hechas ascua que se pegaron á la carne, produciendo unas horrosas llagas: cuya operacion se repitió por tres veces en diferentes puntos. En seguida le ataron á una horca y le cortaron de un golpe dos pedazos de carne de medio pié de largos, y así continuaron cortándole pedazos y arrojándolos al suelo. En medio de esta horrible carniceria espiró el mártir. Todavía le fué cortada la cabeza, y por un exceso inaudito de barbárie, fué molida en un mortero y arrojada al mar.

(1) Al repasar este artículo, sabemos que la revista de Lyon, *Les Missions catholiques*, ha recibido noticias de Tong-King, fecha 19 de Enero de este año 1874, segun las cuales han sido incendiadas 84 poblaciones cristianas y degollados tres Sacerdotes indígenas y más de 300 fieles.

nos admirables que los mártires, al mortificar sus cuerpos, atestiguan que su moral es sublime.

No es posible ponderar como se merece la virtud austera de aquellos hombres que por alcanzar la perfección cristiana, consagraban su vida á la penitencia, al ayuno, al trabajo y á la oración en lo más retirado de los desiertos. Su soledad era tan completa, que muchas veces no podía llegarse á su miserable vivienda sino despues de muchos días de camino: su alimento estaba reducido á doce onzas diarias de pan, agua de la fuente y á veces algunas legumbres secas. El tiempo que no dedicaban á la contemplación ó á un breve sueño sobre hojas secas, lo empleaban en hacer esteras y cestos de junco, con lo cual vivían sin ser gravosos á nadie y aún les sobraba para dar á los pobres. Vestían una pobre túnica de hilo, sobre la cual echaban un manto de lo mismo cuando iban á la población llevados por la necesidad ó la caridad.

Grandiosa figura presentan entre los hijos de la Iglesia aquellos venerables Patriarcas de los desiertos de la Tebaida, de la Palestina y de la Siria, que parece se proponían abolir el hombre animal y trasformarlo en un sér puramente angélico. No presenta la antigüedad nada superior á estos hombres cargados á la par de años y de virtudes, de canas y de obras santas.

Algunos llevaban sus penitencias hasta un grado increíble. Unos guardaban un continuo silencio hasta su muerte; otros se privaban del sueño tan excesivamente, que eran llamados *acemetas* (no durmientes); otros se abstendían muchos días seguidos de alimento, ó el escaso que tomaban era mezclado con ceniza: San Macario de Alejandría pasaba toda la cuaresma de pié sin comer otra cosa que algunas hojas el domingo, y San Simon el Estilita vivió por espacio de treinta años encima de una columna (1).

(1) Los peregrinos acudían en tropel á la columna de este Estilita: las reinas de Arabia y de Persia pedían su intercesión, y el emperador Teodosio II sus consejos; y hasta los sarracenos se disputaban en vida sus bendiciones y despues de muerto sus reliquias.

Tan asombrosas penitencias excitaban una veneración universal á los solitarios, y el ejemplo de éstos santificaba á los fieles y los volvía fervorosos. Entre ellos se propagó la vida ascética, observada en el siglo con la posible exactitud, y muchos se fueron á los desiertos y á los Monasterios. Los que vivían en comun, hacían profesión de continencia perfecta, pobreza y obediencia. Tal fué el origen de la vida monástica (1). Divina es una religion que de tal manera consigue en sus hijos el triunfo absoluto del espíritu sobre la materia.

Porque no eran solo algunos pocos los que abrazaron esta vida, sino que se multiplicaron de tal manera, que parecía haberse hecho comun entre los fieles. «Cinco mil de estos Religiosos habitaban el monte Colsim; quinientos en un solo Monasterio; donde segun la tradición, había habitado fugitivo Jesús siendo niño: mil en otro de la Tebaida, donde solo entraba el que estaba dispuesto á no salir de él, y cerca de dos mil junto á Antinoopolis. En Oxirínca llegó el número de Monjes á ser mayor que el de ciudadanos: veinte mil vírgenes y diez mil Monjes hacían resonar el aire, día y noche con alabanzas al Señor, y ejercían la hospitalidad y las obras de misericordia. Sin contar los muchos Monasterios pequeños; en el de Tabena, en la Tebaida superior, estaban inscritos mil cuatrocientos Monjes, y cuando acudían por la Pascua de todas partes, ascendían á cincuenta mil... Separados así del mundo, no solamente con el corazón y el entendimiento, sino tambien con el cuerpo y los miembros, parecía que no necesitaban ya, ni ideas para la vida intelectual, ni alimento para la material, semejantes á muchos helechos que ostentan su alegre verdor sobre las rocas más desnudas, ó al arbusto que sin

(1) Se distinguían cuatro clases de penitentes: *cenobitas*, con habitación, vida y ejercicios comunes; *eremitas*, que vivían en grutas y campos separados; *anacoretas*, solitarios de desierto en desierto y *errantes*, que vagaban por las aldeas dando buenos consejos y distribuyendo objetos de devoción, etc.

raíces en la tierra crece solo con la sávia que recibe de arriba» (1).

La Iglesia opone al sensualismo mundano, fuente de todos los vicios, la penitencia cristiana, madre y sostenedora de todas las virtudes. Jamás han faltado en ella estos ejemplos heroicos de mortificación, y de renuncia generosa de los placeres de la vida, y del amor propio; y todavía pueden admirarse en los Conventos de Cartujos y Trapenses de uno y otro sexo.

Después de una vida tranquila y pura, que se prolonga hasta una ancianidad venerable, porque ha estado exenta de vicios, y de las inquietudes del siglo, espiran dulcemente pronunciando el nombre de Dios, y su alma entra en la bienaventuranza que ha merecido su dichosa penitencia. Su muerte es un triunfo: por eso no dicen de uno: «Fulano ha muerto», sino «ha llegado á su perfección» (2).

§ III.—Virgenes.

Tampoco han faltado en la Iglesia ejemplos numerosos de vírgenes que se retiraban al desierto y vivían en la más austera penitencia; pero de éstas puede decirse lo que acabamos de escribir en el párrafo anterior.

Hablamos de aquellas que voluntariamente consagran al Señor su virginidad, y hacen el sacrificio de su juventud, de su belleza y de sus gracias para conquistar la corona inmortal de la gloria.

Desde los primeros siglos ha habido vírgenes en la Iglesia, y ha sido honrada la virginidad con privilegios y distinciones casi iguales que el martirio.

Desde los primeros siglos se gloriaba la Iglesia de sus

(1) Cantú, *Hist. Univ.*, lib. VI, cap. 29.

(2) San Juan Crisóstomo ensalza en muchos lugares de sus obras la tranquilidad y dignidad de la vida monástica; pero principalmente en las homilias 68 á 72 inclusive y en los tres libros *Contra los vituperadores de la vida monástica*. Véanse los trozos que cita Cantú, libro VII, cap. 18, nota E

vírgenes. «Entre nosotros, escribía San Justino en el siglo II, hay muchas personas de ambos sexos, de 60 y 70 años de edad, que desde su infancia fueron instruidas en la doctrina de Jesucristo, y perseveran en la castidad; y me obligo á presentar ejemplos de ellas en todas las clases de la sociedad». Desde el siglo IV estas vírgenes empezaron á vivir en comunidad.

Ellas estaban encargadas de todas las obras de caridad y delicadeza, recogían las limosnas y las distribuían á los enfermos; visitaban á los encarcelados, asistían á los mártires, besando sus heridas, y recogiendo su sangre y sus reliquias. Cuando ellas mismas comparecían en los tribunales manifestaban tal heroísmo, que dejaban atónitos á los mismos verdugos. Su vida, según la frase de Tertuliano, era un continuo aprendizaje del martirio. Conociendo los paganos el aprecio que hacían de su virginidad, las condenaban á ser violadas, creyendo que esta amenaza sería bastante para inducir las á la apostasía. Pero el Señor se encargaba de defender el pudor de sus esposas con insignes milagros, ó ellas mismas se mutilaban para inspirar horror y con esto defender su pureza. Otras veces la majestad de su virtud desarmaba á los que osaban atacarla.

Fleuri nos ha hecho la descripción del género de vida de las vírgenes: «De nada servía la virginidad si no estaba sostenida por la mortificación, el silencio, el retiro, la pobreza, el trabajo, los ayunos, las vigiliias, las oraciones continuas. No se tenían por verdaderas vírgenes aquellas que aún querían tomar parte en las diversiones del siglo, aún las más inocentes; tener largos coloquios, hablar con afectación, aparentar mucho agrado, y mucho ménos aquellas que querían embellecerse, adornarse, perfumarse, arrastrar hábitos largos y andar con cierto aire misterioso. San Cipriano recomienda continuamente á las vírgenes que renuncien á los vanos atavíos y á todo lo que hace resaltar la belleza. Conocía perfectamente cuánta afición tienen las jóvenes á estas bagatelas, y sabía sus perniciosas consecuencias. En los primeros tiempos, las vírgenes consagradas á Dios, la mayor parte estaban en casa de sus padres ó

vivían aisladas dos ó tres, y no salían más que para ir á la Iglesia, donde tenían un lugar separado de las demás mujeres. Si alguna quebrantaba su santa resolución por casarse, se la ponía en penitencia» (1). Más tarde se reunieron en comunidad bajo ciertas reglas y votos solemnes, y desde entonces son conocidas con el nombre de *Monjas*. Los escritores y oradores católicos las han prodigado los títulos más honoríficos manifestando el singular aprecio en que han sido tenidas siempre estas *flores de la Iglesia, obra maestra de la gracia, ornato de la naturaleza, ángeles en carne humana, que viviendo en la tierra, parecen ya pertenecer á la familia de los Cielos*. No tenemos espacio para seguir añadiendo las bellas frases que han merecido las vírgenes, que en otro caso formaríamos el ramillete más precioso y fragante de todas las glorias de la Iglesia.

Pero, ¿quién podrá hacer dignamente los elogios de esas mujeres angelicales, cuya vida es la condenación más explícita de la liviandad del siglo? Las hijas de Santa Brígida, de Santa Teresa, de Santa Clara, de San Vicente de Paul y otras innumerables congregaciones, en que ha sido tan fecunda la Iglesia católica, brillan como estrellas simpáticas en el cielo de nuestra Santa Religión; y tan grande como el de las estrellas ha sido su número. Puras como el armiño, en medio de la corrupción del mundo, elevan al Cielo fervorosas oraciones, y Dios, que estaba pronto á perdonar á Sodoma y Gomorra si hubiere en ellas cinco justos, escucha sus ruegos inocentes, y en consideración á ellas, detiene su brazo dispuesto ya á caer sobre los escándalos de la tierra con un castigo ruidoso. Todavía tenemos la dicha de ver entre nosotros los ejemplos de estas santas vírgenes, pues la revolución, que ha hecho guerra á todo lo sagrado, ha respetado sin embargo hasta ahora (con algunas dolorosas excepciones) los Conventos de Monjas, asilos de la inocencia y de la virtud.

(1) Fleuri, *Costumbres de los cristianos*, segunda parte, número 26. Las viudas que renunciaban á las segundas nupcias vivían poco más ó menos como las vírgenes.

Las sectas disidentes no pueden presentar estos ejemplos de pureza y de santidad, y careciendo de ellos, aparentan despreciarlos. Pero en el mero hecho de no tener esta virtud tan recomendada y glorificada en la Sagrada Escritura, demuestran, mal de su grado, que no siguen su letra ni su espíritu, y que les falta el principio divino de las virtudes heroicas.

Solo la Iglesia católica puede blasonar de practicar en esta parte como en todo la perfección evangélica, y tiene para este objeto numerosas instituciones.

Admirable es la elevación de virtudes que esta madre divina desarrolla en unas débiles mujeres. Este sexo frívolo y ligero, por lo general en la juventud, idólatra de sí mismo, vano y presumido en su efímera belleza, que necesita incienso y flores y halla todo su placer en devaneos, renuncia generosamente al mundo y á sus vanidades, y sacrifica sin pesar aquella hermosura, que es para muchas causa de su perdición; se separa de los amantes brazos de su madre y del cariño de toda su familia, se despoja de sus galas y va á encerrarse entre las paredes de una celda, con un toscó sayal por vestido, legumbres por alimento, y tal vez una pequeña huerta por horizonte. Hace voto de perpétua castidad, apaga los estímulos de las pasiones, ora y trabaja, ayuna y vela, y mortifica su carne con tanto rigor como si tuviera que castigar en ella numerosos pecados. No quiere poseer cosa alguna, y ni siquiera tiene voluntad propia. Vive en la tierra, pero su pensamiento y su corazón están siempre en el Cielo. Compárese esta mujer con las que viven en el siglo y se apreciará cuánta es la transformación que la gracia opera en la naturaleza.

Recuérdese que esta admirable victoria se viene repitiendo sin interrupción desde el origen de la Iglesia en todas las clases sociales, y que tiene nombres tan gloriosos (además de los ya citados) como las Escolásticas, Rosas, Catalinas, Gertrudis, Juanas, Franciscas, Magdalenas de Pazzi, Angelas, Mericia, etc., etc., y las que á su virginidad añadieron la dichosa palma del martirio, como Inés, Agueda, Lucía, Engracia y otras innumerables; y no se po-